

LOS SONETOS CULPABLES

Adentrarse en este libro de sonetos de Alexis Romay es la experiencia más cercana al viaje por el que Virgilio conduce a Dante, en calidad de guía, en el descenso por los nueve círculos concéntricos de los pecadores. Los lectores de *Los culpables* emprenderán un viaje similar, pero por otros círculos: por los del infierno personal del poeta.

Nos internaremos en las oscuras aguas con Romay al timón, fungiendo de guía, desde donde hemos de presenciar, como en vidriera, un muestrario de conceptos, categorías, definiciones, valores y todo tipo de visiones que nos ha preparado y cuyas imágenes divisaremos por las márgenes de este río metafísico y verbal. El desfile lo abrirá la historia, pero no precisamente la historia que el mundo cree conocer sino la definición con que el poeta la atrapa:

«La historia es un juguete tendencioso:

la excusa del vaivén de las resacas,

la cruel consagración de las barracas,

la latitud que late en el reposo».

Es obvio que la historia a la que hace referencia Romay no es la que nos cuentan los apasionantes relatos episódicos, ni la de los conmovedores cuadernos de batallas épicas, ni los que recogen las proezas de ilustres matones disfrazados de héroes. Esa historia no es la que nos muestra el poeta pues para Romay ésta hace mucho que dejó de constituir un método confiable hacia el conocimiento. La historia que vamos a conocer en nuestro viaje por los sonetos circulares de Romay carece de nombres, de líderes, de mapas, de datos. Es una historia sinestésica, congelada en su propia retórica o en otras palabras, «la histeria prematura de la escarcha», o sea, los estruendos glaciales de los grandes discursos y de las grandes mentiras.

En el recorrido que como lectores haremos por este poemario, nos limitaremos a observar un muestrario de definiciones, al parecer cotidianas, pero que contrastan radicalmente con las que sustenta el mundo. Después de la historia, Romay nos muestra un retrato hiperrealista de una isla. La sangre brota de él cubriendo las aceras, las camisas, portales y museos. En esa dimensión ensangrentada presenciaremos los días, los días que conociera el poeta, aquellos que «multiplican la mentira» y en los que «perdimos la memoria». Le siguen las noches que vieron estratificarse la conducta del joven Romay, sus noches repletas de «silentes desengaños». Y sobre aquel promontorio en la penumbra ya divisamos los ojos del poeta, inquietos en la vasta oscuridad, inventándose colores (colores parecidos a los que ven, según Sartre, los que no pueden viajar). Pero no hay momento de solaz: por nuestro lado ya pasan la lluvia, lo efímero, la noche, los ciclos, los sueños, pero no ellos mismos sino sus osamentas, las impresiones que éstos dejaron sobre la piel y en la memoria del poeta.

Como en la peregrinación dantesca, el muestrario que en silencio inspeccionamos adquiere una dimensión aún más aterradora a medida que el viaje avanza. Por allá se acerca la ironía, el vicio de la edad, las tierras prohibidas... todos formando montones conceptuales armados

por Romay desde su atalaya personal. Una vez concluida la lectura, el poeta atraca la barca en un manso recodo de la orilla. Ha terminado el viaje. Nos bajamos a tientas de la barca dejando atrás el litoral discursivo de Romay.

¿Por qué Alexis Romay, un joven poeta cubano de hoy, se vale del formato del soneto para exponer su mundo personal y su visión poética de la realidad? ¿Por qué utiliza este sistema referencial cuyo origen se remonta a tiempos pre-renacentistas? No es ocioso cuestionárselo dada la complejidad del modelo, estructura y cadencias rítmicas del sistema poético. ¿Por qué hacer uso de un formato que exige hilvanar difíciles endecasílabos con rimas no menos alarmantes? Podría conjeturarse que Romay se siente cómodo con sus parámetros. Pero hay una razón aún más poderosa que la anterior detrás de todo ello: porque éstos emanan de su interior como manantiales naturales. Romay, como Quevedo, puede componer cientos de ellos con la facilidad intuitiva del que realiza una vieja rutina. Tal vez sea ésta la razón que subyace detrás de los grandes sonetistas de la historia: componer buenos sonetos es, para ciertas almas, no sólo una cuestión de inspiración poética y sensibilidad intelectual sino también una extraña e intransferible habilidad que requiere hasta de ciertas destrezas mecánicas. Estas almas escogidas nacen con la condición. *Los sonetistas piensan en sonetos*. No hay otra manera de explicarlo: éste es un don innato y misterioso con el que el destino o los dioses altísimos agracian a ciertos individuos y a otros, no. Alexis Romay es uno de los escogidos por la providencia para escribirlos.

Mucho ha llovido desde que Giacomo da Lentini añadiera, en el siglo XI II, un importante capítulo a la poesía de Occidente: la invención del soneto. Petrarca haría innovaciones y popularizaría el formato influyendo decisivamente en poetas castellanos como el Marqués de Santillana, Quevedo, Lope de Vega, Cervantes, Góngora y Boscán; también en poetas ingleses como Shakespeare, Wyatt y Spencer (este último innovaría en el soneto mismo al concebirlo sin rima, los llamados sonetos spencerianos), en poetas italianos como Dante y Boccaccio, en poetas franceses como Marot, Baudelaire, Verlaine y Mallarmé, quienes llevaron su belleza y musicalidad a zonas verdaderamente inéditas.

En la poesía castellana, los *Sonetos fechos al itálico modo* del Marqués de Santillana, deficientes aunque hermosos, fueron elementos constitutivos del empujón inicial, influyendo más tarde en Garcilaso de la Vega (quien llevaría el endecasílabo a un nivel de perfección difícilmente superable) y éste, en toda la pléyade de poetas áureos. Si bien el esplendor del modelo perdió cierto brillo durante el Neoclasicismo y el Romanticismo español (Bécquer apenas escribió alguno), el soneto (como armazón poética establecida) nunca desapareció del todo del panorama poético occidental. El Modernismo lo retomaría con una redoblada vitalidad (Darío, Machado, Heredia). Y los poetas de la Generación del 27 lo acogerían con nuevos bríos, particularmente Lorca, Alberti, Guillén y Gerardo Diego. Jorge Luis Borges lo cultivaría también pero en la modalidad shakesperiana y ya desde la Vanguardia. Por todo ello se puede afirmar que el soneto ha llegado prácticamente intacto a la actualidad posmoderna que acoge a Romay y desde donde éste los escribe.

Pero, ¿y quiénes son los culpables que en *Los culpables* se abordan?, nos preguntamos anonadados los pasajeros-lectores. Sin volver la vista siquiera podemos comprender que toda

la culpa es del tiempo, del gran tiempo padecido, del tiempo destilado y recogido en recipientes discursivos a modo de sonetos. Pero, paradójicamente, es ese tiempo, esa época culpable la que también hizo posible la existencia de estos poemas geniales y malditos.

Miguel Correa Mujica

autor de *Al norte del infierno* y *Furia del discurso humano*